

Testimonio de Cuicuilco

Erika Espitia Dager*

El 5 de mayo del presente año algunas compañeras de carrera y yo realizamos, por espacio de casi dos horas, una actividad con un grupo de 23 alumnos de tercero a sexto grados de primaria, acompañados por una de sus maestras, en el Parque Ecoarqueológico Cuicuilco. Esta práctica formó parte de un proyecto educativo propuesto por la materia de técnicas de la educación extraescolar a los directivos del lugar.

La jornada comenzó con una breve sensibilización sobre la importan-

de sitio y a la exposición temporal del museo subterráneo, la participación en un *performance* y, por último, un taller relacionado con el tema.

En todo momento tratamos de comunicar la información con un lenguaje claro y adecuado, para que el grupo comprendiera los conceptos de acuerdo con sus conocimientos. También nos valimos de recursos sencillos, como lo vivido por los mismos estudiantes, la reconstrucción de escenas y hechos de la vida de los cuicuilcas, así como de la imaginación y el uso de los referentes sensoriales, es decir, los sentidos.

La decisión de realizarlo de esta forma respondió al principio básico de que más allá de las funciones, muy variadas y controvertidas, que se le atribuyen a las instituciones de esta índole, una visita imprime

en nuestra memoria, de manera invariable, el goce o la ausencia del mismo cuando se genera una experiencia de confrontación con el objeto, la cual depende más de cómo se nos presente o de quién nos lo presente que el objeto mismo.

De esta forma asumimos el compromiso de ser las inter-



Explorando entre las rocas ígneas. Foto: Getty Images

cia de la conservación de sitios como éste, su utilidad en la conformación de la identidad nacional y como escenarios de investigación y difusión de la cultura. Estos conceptos fueron transmitidos por medio de criterios pedagógicos y de acuerdo con el nivel del grupo en cuestión. A esta actividad la siguió un breve recorrido por el basamento principal de la zona, una visita al museo

mediarias entre los chicos, el medio ambiente y el Parque Ecoarqueológico Cuicuilco, pues nuestra responsabilidad como profesionales de la educación consiste en mantener un nivel ético y de calidad.

Sin duda alguna, la mejor recompensa para un trabajo tan difícil como el de un comunicador educativo es recibir el agradecimiento de los niños por medio de sus dudas, sus inquietudes, sus comentarios y, sobre todo, sus deseos de repetir la experiencia. ↩

* Alumna de 8º semestre de la licenciatura en pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM